

LA ARTILLERÍA JURAMENTADA EN LOS SITIOS BRITÁNICOS A BADAJOZ EN 1811

Jacinto Jesús MARABEL MATOS¹

RESUMEN

Entre mayo y junio de 1811 los británicos pusieron dos veces cerco a la plaza de Badajoz, entonces en poder de los franceses. El primero de ellos tuvo que ser rápidamente levantado para hacer frente al mariscal Soult, que llegaba de Andalucía con el V Cuerpo para socorrer a la guarnición. Retomado después de la Batalla de La Albuera, los movimientos coordinados de los ejércitos franceses precipitaron los planes diseñados por Lord Wellington para tomar la plaza, poniendo de manifiesto las carencias del Real Cuerpo de Ingenieros en la guerra de sitios.

PALABRAS CLAVE: Guerra de la Independencia; Sitio de Badajoz; Artillería; Wellington; José Napoleón.

¹ Doctor en Derecho. Licenciado en Derecho por la UNEX. Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología por la UNED. Letrado de la Comisión Jurídica de Extremadura. Secretario de la Asociación Histórico - Militar Alfonso IX.

ABSTRACT

Between May and June 1811 the British twice laid siege to the place of Badajoz, then in possession of the French. The first of them had to be quickly lifted to face Marshal Soult, who came from Andalusia with the V Corps to help the garrison. Resumed after the Battle of La Albuera, the coordinated movements of the French armies precipitated the plans designed by Lord Wellington to take the place, revealing the shortcomings of the Corps of Royal Engineers in the war of sieges, but, above all, the superiority of the French artillery that ended up defeating him. Paradoxically, those guns were directed by Spaniards, officials of the Army of Joseph Napoleon later relegated by History. This work tries to recover the memory of one of them: the Colonel César González, the Spaniard who defeated Wellington.

KEY WORDS: Peninsular War; Siege of Badajoz; Artillery; Wellington; Joseph Napoleon.

* * * * *

INTRODUCCIÓN

El general Arthur Wellesley, que pasó a la Historia con el sobrenombre de Lord Wellington, comenzó sin duda a cimentar su leyenda tras la conquista de Badajoz el 6 de abril de 1812. Después de la retirada de Talavera, los británicos pasaron casi tres años encerrados tras las líneas de Torres Vedras, asomándose para presentar batalla en Fuentes de Oñoro o La Albuera con resultados discutibles, y dando pábulo al incremento de las voces críticas con la intervención militar en la Península. Sin embargo, a principios de 1812 Napoleón sustrajo un gran número de efectivos en España para destinarlos al frente ruso, y primó la conquista de Levante haciendo bascular las fuerzas hacia este punto. Ambas decisiones fueron aprovechadas por Lord Wellington para cruzar la frontera y hacerse con sus dos principales plazas fuertes, Ciudad Rodrigo al norte y Badajoz al sur, cambiando el curso del conflicto en la primavera de ese mismo año.

La noticia de la caída de esta segunda plaza, una ciudad maldita para los británicos desde la epidemia en la que sucumbió una tercera parte de su

Ejército en el otoño de 1809², tuvo un impacto sin precedentes en la opinión pública. La victoria llegó al puerto de Plymouth el 22 de abril y dos días más tarde *The London Gazette* abrió una edición especial reproduciendo el triunfalista informe oficial³. Durante los días siguientes el clima de euforia se extendió por toda la prensa, lo cual fue aprovechado por algunos avisados empresarios, como John Phillip Astley, que ofreció un monumental espectáculo sobre el Sitio de Badajoz que mantuvo exitosamente en cartel hasta bien entrado el verano, o Robert Barker, que hizo lo propio con un monumental Panorama en el que ofrecía vistas privilegiadas del asalto. La victoria en el tercer cerco que Lord Wellington puso a Badajoz durante la Guerra de la Independencia, impregnó ya para siempre la cultura militar británica, sucediéndose las recreaciones multitudinarias, como las que tuvieron lugar en los Jardines de Surrey en 1849 o Adershot en 1928, y generando toda una literatura en torno a este episodio que alcanza hasta nuestros días⁴.

Sin embargo, apenas constan referencias a los sitios que tuvieron lugar entre abril y junio de 1811. Conservamos algunos sucintos datos aportados por el coronel de ingenieros John Thomas Jones que, sin descuidar la crítica con la estrategia empleada en ambos sitios⁵, pueden ser contrastados con los del diario publicado apenas seis años antes por su antagonista, el coronel Jean-Baptiste Hippolyte Lamare, responsable de las obras de fortificación francesa⁶. Su autor, que tampoco eludió la crítica al gobernador de la plaza, el general Armad Philippon, suscribió tres versiones en las que siempre fue fiel respecto al hombre que propició las derrotas

² Según las estimaciones de los servicios médicos británicos, alrededor de diez mil hombres habrían enfermado de distinta gravedad en apenas seis semanas, mientras que más de quinientos, entre oficiales y simples soldados, murieron a consecuencia de las fiebres padecidas en el otoño de 1809. Vid. Marabel Matos, Jacinto Jesús: "Fiebre y Sábanas. El otoño de Wellington en Badajoz (II)", en *Actas de los XLVI Coloquios Históricos de Extremadura*. Asociación Cultural Coloquios Históricos de Extremadura, Trujillo, 2018, pp. 409-425.

³ Vid. *The London Gazette Extraordinary*, de 24 de abril de 1812.

⁴ Una estudio más detallado de las referencias al Sitio de Badajoz en el Astley's Amphitheatre, el Panorama de Robert Barker y las distintas recreaciones, puede consultarse en Marabel Matos, Jacinto Jesús: "Badajoz 1812: Provecho y espectáculo de la ciudad tomada (II)", en *Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes*. Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, Trujillo, 2017, Tomo XXV, pp. 315-344.

⁵ Jones, John Thomas: *Journals of sieges carried on by the army under the duke of Wellington in Spain, between the years 1811 and 1814*. Egerton, Whitehall, 1827, Volumen I.

⁶ Lamare, Jean-Baptiste Hippolyte: *Relation de la deuxième défense de la place de Badajoz en 1812, par les troupes françaises de l'armée du midi en Espagne, contre l'armée anglo-portugaise*. Anselin et Pochard, Paris, 1825.

británicas⁷. Un hombre al que Napoleón concedió la más alta distinción del Imperio, la Legión de Honor, sin ser hijo de Francia⁸. Porque, en efecto, el hombre que venció a Wellington en 1811 era español. Fue coronel de artillería y se llamaba César González Tournelle. Y aunque no pasó a la Historia, sin duda alguna llegó a ser reconocido como el héroe de aquellas gloriosas jornadas.

BADAJEZ EN 1811. EL CERCO FRANCÉS

Hasta bien entrado el Siglo XIX Badajoz era la clave de bóveda sobre la que giraba el principal sistema abaluartado dominante del suroeste peninsular, por lo que su conquista se hacía ineludible para controlar el vasto territorio que se extendía de Sevilla a Lisboa, además del paso obligado entre esta última y Madrid. El río Guadiana abrazaba la plaza por el norte, mientras un puente, a cuyo extremo se levantaba un hornabeque, enlazaba ambas orillas y ocho baluartes la rodeaban de oeste a este, conectando en este punto con el recinto amurallado de la alcazaba árabe, la más extensa de España, a su vez dominada desde el margen opuesto por el imponente fuerte de San Cristóbal. Por su parte, el sector meridional estaba protegido por el fuerte de Pardaleras, reforzado a su vez con los fortines de La Picuriña y San Roque, que se alzaban sobre sendos padrastrós situados a su derecha.

No era pues tarea fácil conquistar la ciudad, y así pareció entenderlo el propio Napoleón cuando, antes de regresar a París a mediados de enero de 1809, estableció la estrategia general que debían seguir sus mariscales para someter a los españoles. En lo que respecta a la mitad oeste peninsular, el II Cuerpo del mariscal Soult debía avanzar desde Galicia para tomar Lisboa en paralelo al I Cuerpo del mariscal Víctor, que haría lo propio con Extremadura, enlazando ambos en Badajoz antes de continuar hasta Sevilla. El plan no pudo ser llevado a efecto porque Soult quedó enfangado en Oporto, y Víctor, que había cumplido derrotando al ejército del general Cuesta en Mesa de Ibor y Medellín, tuvo que dar media vuelta y retroceder hasta Talavera ante el peligro de quedar aislado.

Allí, entre el 27 y el 28 de julio de 1809, los franceses presentaron batalla en Talavera a los ejércitos aliados con el resultado de todos conocido.

⁷ Una aproximación a las ediciones del diario del coronel Lamare puede consultarse en Marabel Matos, Jacinto Jesús: “Jean-Baptiste Hippolyte Lamare en La Rochelle”, en Labretonnière, Émile: *El Capitán Fariñas. Episodio del Sitio de Badajoz*. Cuatro Gatos, Badajoz, 2012, pp. 7-32.

⁸ Vid. *Journal de L'Empire*, de 7 de octubre de 1811.

Las bajas, cuantiosas por ambas partes, apremiaron la retirada de los británicos que, siguiendo la ruta que discurre hasta Trujillo a través de la Sierra de Guadalupe, llega finalmente a Badajoz, en cuyas inmediaciones acantonaron hasta últimos de diciembre consumidos por una epidemia de fiebre amarilla que hizo estragos entre sus filas. La ciudad, que durante los dos primeros años del conflicto se mantuvo alejada del teatro de operaciones, pasaría a ser a partir de entonces protagonista destacada en la más cruenta y decisiva etapa de la Guerra de la Independencia, pues al poco que Lord Wellington decidió que “el Ejército británico no debía nada a la Provincia”⁹ y pasó a enrocarse en Portugal a la espera de vientos más favorables, los franceses se presentaron ante la plaza decididos a conquistarla.

En efecto, el 10 de febrero de 1810 el V Cuerpo del mariscal Mortier puso cerco a Badajoz¹⁰. Los franceses, que habían partido de Sevilla apenas una semana antes¹¹, encontraron expedito el camino porque en el temerario plan de defender la capital de Andalucía, el duque de Alburquerque había arrastrado al Ejército de la Izquierda desguarneciendo Extremadura. En la precipitada acción quedó cortada parte de la retaguardia, formada por el regimiento de infantería ligera de Osuna, un batallón del regimiento de infantería ligera de Sevilla y otro de cazadores de Zafra, que comandados por el brigadier Rafael Menacho tuvo que buscar refugio en las estribaciones de la Sierra de Monsalud, donde al cabo terminaron cercados por los franceses. Un ardid del brigadier Menacho posibilitó que los españoles consiguieran traspasar las líneas enemigas y entrar dos días más tarde a uña de caballo en Badajoz, donde fueron recibidos como auténticos héroes¹². El teniente coronel Cayetano Ollara, que comandaba el batallón del regimiento de infantería ligera de Sevilla, contó: “que en dos días no comió la división rancho alguno, y en veinte y cinco horas no hizo un alto; quedaron medio reventados y

⁹ Vid. Oficio dirigido por Lord Wellington a la Junta Suprema de Extremadura el 7 de diciembre de 1809, publicado en la *Gazeta de la Regencia*, de 14 de diciembre de 1809.

¹⁰ Según apuntó con precisión matemática el *Diario Mercantil de Cádiz*, de 27 de febrero de 1810, a las “nueve y diez de la mañana” del 10 de febrero, los franceses completaron una línea de circunvalación que se extendía a media legua de la ciudad, sobre los cerros de San Miguel, San Gabriel el Viejo, Las Mayas y La Picuriña.

¹¹ Moreno Alonso, Manuel: *Sevilla Napoleónica*. Universidad de Sevilla, Sevilla, 2011, pág. 266.

¹² Según el historiador Adolfo de Castro, Menacho envió a tres tamborcillos a unos cerros distantes para que encendieran hogueras, haciendo creer a los franceses que por allí se desenvolvían las tropas españolas y descuidando el flanco izquierdo, por el que pudieron escapar finalmente a marchas forzadas hasta Badajoz. De Castro y Rossi, Adolfo: *Historia de Cádiz y su Provincia desde los tiempos remotos hasta 1814*. Imprenta de la Revista Médica, Cádiz, 1858, pág. 744.

desfallecidos muchos de los tres cuerpos que se componía la división; pero la retirada tan arriesgada y pronta se alabó en los papeles de Badajoz¹³.

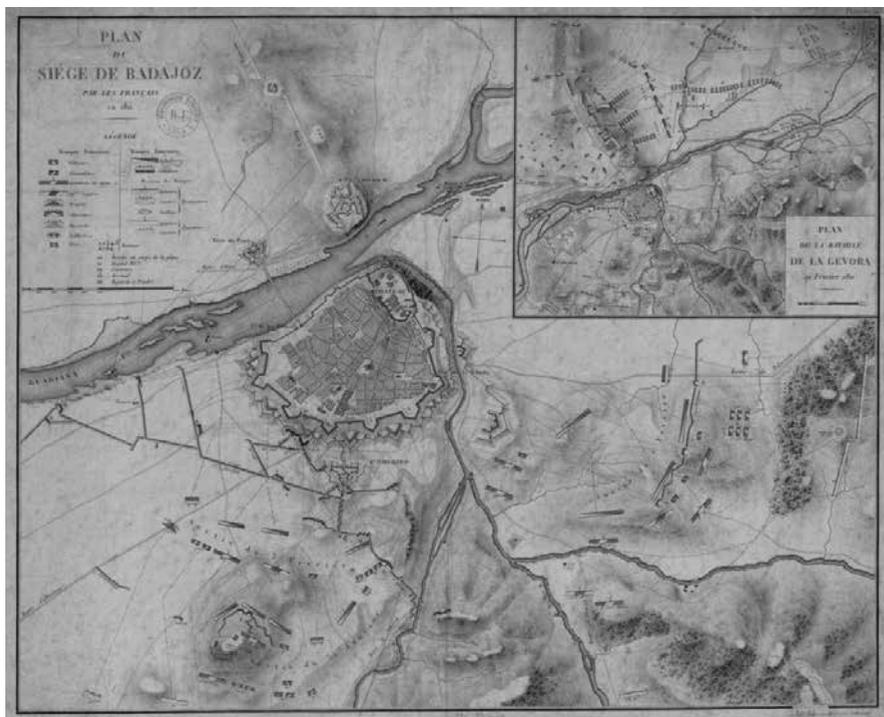


Figura 1. Plano de Badajoz de 1811, incluido en la obra del comandante de los ingenieros franceses, el coronel Lamare, sobre los asedios, publicada en París en 1825. Bibliothèque Nationale de France, GED-1723

La tropas pudieron atravesar la línea de circunvalación gracias a la salida practicada la noche antes por las guerrillas de la plaza, en la que malograron los trabajos de trinchera, tomaron herramientas e hicieron multitud de bajas a los franceses¹⁴. Éstos, viendo que la guarnición había sido reforzada, levantaron el cerco y regresaron al cuartel general que habían es-

¹³ Vid. *El Redactor General*, de 29 de octubre de 1812.

¹⁴ Vid. *Gazeta de la Regencia*, de 23 de marzo de 1810, *Diario Mercantil de Cádiz*, de 10 de marzo de 1810, y *Diario de Mallorca*, de 12 y 13 de abril de 1810. Por esta acción, el Regimiento de Voluntarios de Extremadura recibió un escudo de distinción, que luce aún en la coronela de la unidad que se conserva en el Museo del Ejército. VV.AA: *Catálogo General del Museo de Artillería*. Madrid, Imprenta de Eduardo Arias, 1917, Tomo IV, pág. 246. La gesta fue immortalizada así mismo con el *Himno a Badajoz Vencedora, el 11 de febrero de 1810*, compuesto por F. J. Molié, cuya partitura podía adquirirse en casa

tablecido en Llerena, a mitad de camino de Sevilla, desde donde hostigarían la plaza en las distintas escaramuzas que se sucedieron a tiro de fusil de sus murallas hasta bien entrado el verano.

Las tropas del marqués de La Romana no daban abasto a los numerosos frentes abiertos en la provincia hasta que después de las derrotas de Cantaelgallo y la Dehesa del Campo, este “marchó a prestar, sin que nadie se lo pidiera, ni se lo mandase, el innecesario auxilio a los ingleses en la campaña emprendida por estos tras las famosas Líneas de Torres Vedras”¹⁵. La Junta Suprema de Extremadura salió tras él dejando la región sin poder político y militar que la rigiese, hasta que el 27 de septiembre de 1810 el Consejo de Regencia ascendió a Menacho a mariscal de campo, nombrándole gobernador de Badajoz y aunando en él ambos poderes¹⁶. Un cargo nada fácil, porque la ciudad se encontraba por entonces al borde la rebelión, con el estamento eclesiástico, las clases altas y aún los propios vecinos, superados por las ingentes cantidades con las que debían contribuir a los gastos del ejército y temiendo que los franceses asomasen de un momento a otro a las puertas de sus casas.

Temores nada infundados, que comenzaron a hacerse realidad cuando el 1 de enero de 1811 el mariscal Soult partió de Sevilla acompañado del V Cuerpo de Mortier, la caballería de reserva del general Latourg-Maubourg, al que se le unieron tres regimientos de dragones, dos de húsares y uno de cazadores del I Cuerpo, y ocho compañías de artillería al mando del general Bourget, que arrastraban un tren con cincuenta y cuatro bocas de fuego. Aunque el objetivo principal de la campaña de Soult era realizar una maniobra de distracción para facilitar que el mariscal Masséna pudiera poner a salvo sus tropas al norte de la frontera portuguesa, Soult se proponía conquistar de una vez por todas la plaza de Badajoz para asegurar el frente y poder dedicarse a resolver los focos de insurrecciones que emergían por toda Andalucía. Así es como el 22 de enero tomó en primer lugar Olivenza, para plantarse cuatro días más tarde delante de Badajoz, donde Menacho contaba con apenas 4.000 hombres¹⁷.

Estos no se dejaron arredrar por los casi 20.000 franceses que les cercaron y ejecutaron hasta cinco exitosas salidas demorando los aproches, a la

de Font y Closas, en la calle de San Francisco de la capital gaditana, al precio de quince reales de vellón según la *Gazeta de la Regencia*, de 22 de junio de 1810.

¹⁵ Gómez Villafranca, Ramón: *Extremadura en la Guerra de la Independencia. Memoria Histórica y Colección Diplomática*. Uceda Hermanos. Badajoz, 1908, pp. 214 y 215.

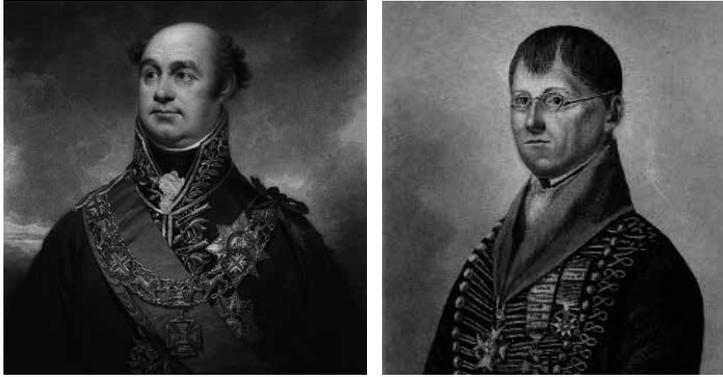
¹⁶ *Ibidem*, pág. 224.

¹⁷ Las operaciones del cerco pueden ser consultadas en AHN. *Diversos-Colecciones*, 109, nº 25. “Sitio de Badajoz. Pormenores sobre el estado en que se encuentra la plaza de Badajoz y diario de los sitiados desde el 28 de febrero hasta el 4 de marzo de 1811.”

espera de las cuatro divisiones españolas que finalmente entraron el 6 de febrero. Estaban bajo el mando interino del teniente general Gabriel de Mendizábal porque el marqués de La Romana había muerto de apoplejía quince días antes en Cartaxo. Pronto se demostró que la capacidad de Mendizábal no estaba a la altura exigida: cuando el 7 de febrero cosechó su primera derrota frente a los muros de la plaza, decidió cruzar el río para llevarse las tropas a acampar al otro lado, en lugar de continuar hostigando a los franceses, cortar sus líneas de comunicación o presentar batalla. Mendizábal mantuvo inoperativo al Ejército durante días dejando vía libre al enemigo para que extendiera las paralelas, de tal modo que la noche del 10 de febrero los franceses tomaron el descuidado fuerte de Pardaleras, exponiendo a un ataque todo el sector meridional, como pudo verse de inmediato, cuando iniciaron una zapa en zigzag amenazando el camino cubierto frente a la cortina de San Francisco, donde se proponían emplazar la artillería de brecha para batir los muros de la plaza.



Figura 2. Estatua del general Menacho realizada por Salvador Amaya, inaugurada en 2019 en Badajoz



Figuras 3 y 4. Retratos del teniente general William Carr Beresford, pintado por Charles Turner en 1815, y del mayor Alexander Dickson, comandante de la artillería británica, pintado por Edme Quenedey, apenas tres años más tarde de ser rendida la plaza

Con todo, la situación de los defensores pasó a ser crítica apenas una semana más tarde, cuando el Ejército español fue completamente derrotado por los franceses, que aprovecharon la intensa niebla que cubría el terreno para sorprenderles en su mismo campamento, haciéndoles multitud de bajas y tomando 4.346 prisioneros, entre ellos el brigadier Virués, comandante de la II División, con su estado mayor al completo¹⁸. Mendizábal, junto a los mariscales de campo Carlos de España y Martín de La Carrera, logró ponerse a salvo en Portugal, mientras que el mariscal de campo Juan José García consiguió entrar con 1.377 hombres en Badajoz, que quedó aislada completamente. A partir de aquí, el gobernador Menacho multiplicó los trabajos de defensa y las salidas para estorbar la zapa de aproximación del frente amenazado, pues se tenían noticias de que un fuerte contingente británico se aproximaba a levantar el cerco¹⁹. Acaudillada por Menacho, resuelto a dejarse enterrar literalmente entre los muros de la ciudad antes que rendirla

¹⁸ Vid. *Gazeta Extraordinaria de Sevilla*, de 6 de marzo de 1811.

¹⁹ Cuando el 4 de marzo se hizo evidente que Masséna comenzaba a retirar las tropas situadas frente a las líneas de Torres Vedras, Lord Wellington cedió al teniente general William Carr Beresford la II y IV división, junto a las dos brigadas portuguesas de Hamilton, para que marchara en auxilio de Badajoz. Pero el 9 de marzo recibió un falso informe que le hizo creer que los franceses se concentraban para presentar combate en Tomar y dictó una contraorden, por lo que no fue sino hasta el 14 de marzo cuando Beresford pudo ponerse en marcha hacia Badajoz, ignorando que por entonces la plaza había sido rendida. El lugar elegido para reagrupar las fuerzas anglo-lusas fue Portalegre, situada a una jornada de distancia al norte de la capital de Extremadura, a la que llegaron finalmente el 22 de marzo, debiendo modificar de nuevo sus planes. Oman, Charles: *A History of the Peninsular War*. Clarendon Press, Oxford, 1911, Volumen IV, pp. 248-251.

al enemigo, la población se unió a la guarnición en las labores defensivas. Y todos mostraban un espíritu de resistencia extremo, hasta que un grano de metralla que cayó en las inmediaciones del cuartel de la Bomba se llevó por delante la vida del Gobernador, propiciando que su segundo, el brigadier José Imaz Altolaguirre, rindiera la plaza una semana más tarde.

EL PRIMER CERCO BRITÁNICO

El 11 de marzo de 1811 el mariscal Soult tomó posesión de Badajoz y 9.756 hombres entregaron las armas²⁰. Sin duda fue un triunfo poco tiempo saboreado, ya que de inmediato tuvo que marchar a Sevilla, donde urgía su presencia después del duro revés que los aliados les habían infringido en Chiclana. Soult nombró gobernador al general Armand Philippon y ordenó al mariscal Mortier que saliese a poner cerco a Campomayor, que cayó el 21 de marzo completando el control francés sobre tres de las cuatro plazas fortificadas que dominaban la frontera. Después, Mortier marchó a París, donde había sido invitado a los festejos para conmemorar el nacimiento del Rey de Roma, y dejó al frente de las exiguas tropas que por entonces se mantenían en las inmediaciones al general de caballería Latour-Maubourg.

Casi al mismo tiempo algunos destacamentos británicos llegaban a Elvas, distante de Badajoz 20 kilómetros al oeste. Desde allí, el 25 de marzo, apenas dos semanas más tarde de la capitulación de la plaza, las brigadas portuguesas del teniente general Alexander Hamilton se adentraron en España para abrir camino a las divisiones que habrían de lanzar la contraofensiva. El objetivo era tomar posiciones en el margen derecho del Guadiana, pero a mitad del trayecto se encontraron con el 100º regimiento de infantería de línea francés, que escoltaba un convoy con dieciséis piezas de artillería sacadas de Campomayor, protegido en las alas por el 26º regimiento de dragones y el 2º y 10º de húsares, con lo que entablaron un inesperado combate. En medio de una escaramuza, los británicos estuvieron a punto de apoderarse de los cañones si no hubiese sido porque el general Robert Ballard Long, que estaba al frente de la caballería, ordenó una extemporánea y anárquica carga que malogró la operación, permitiendo que los franceses entraran en Badajoz poniendo a salvo todas las piezas²¹.

²⁰ Este número se corresponde con el último estadillo realizado antes de la capitulación, inserto en Calatrava Peinado, José María, y otros: *Contestación por la Provincia de Extremadura al aviso publicado por el coronel Don Rafael Horé*. Imprenta Real, Cádiz, 1811.

²¹ En este combate los británicos sufrieron 15 muertos, 64 heridos y 77 prisioneros, mientras que las bajas francesas estuvieron muy próximas a los doscientos efectivos. El lance fue muy criticado por Wellington, que reprendió severamente al general Long por aquella alo-

Con todo, las columnas de Hamilton consiguieron despejar el margen derecho, y la IV División del teniente general Cole pudo acampar libremente en las inmediaciones, a la espera de que la II División del general Steward alcanzase a investir la plaza por el sur. Pues en efecto, en tanto tenía lugar el anterior combate, un destacamento británico marchaba aguas abajo en busca de un vado que les permitiera cruzar el Guadiana y poder formar sitio a Olivenza, antes de emprender las operaciones frente a la capital de Extremadura. El único paso posible era por Juromenha, pero las aguas venían crecidas y los ingenieros no lograron establecer un puente de barcas hasta la noche del 5 de abril, a través del cual pudo pasar la artillería para poner cerco a Olivenza cuatro días más tarde. Los franceses dejaron aquí una guarnición de 364 hombres, que el 15 de abril rindieron las armas permitiendo que el Ejército británico avanzara libre de obstáculos hacia Badajoz²².

Por su parte, Lord Wellington, que después de un mes hostigado a Masséna había logrado encerrarlo en Almeida, arribó a Elvas el 20 de abril para entrevistarse con el teniente general William Carr Beresford, comisionado para dirigir los trabajos de sitio. Ambos acudieron dos días más tarde a supervisar el terreno desde una altura inmediata y a punto estuvieron de ser hechos prisioneros, cuando un destacamento francés que había salido para aprovisionarse de leña en un bosque cercano sorprendió a la comitiva, haciéndoles decenas de bajas y llevándose cuatro oficiales y treinta y ocho soldados, que a la postre desvelarían los planes que barajaban los suyos para tomar la plaza²³. Según el coronel Jones, aunque las directrices pasaban por un ataque dirigido contra las tres obras exteriores, la prioridad de Wellington era tomar en primer lugar el fuerte de San Cristóbal, porque desde esta posición dominante se podría silenciar la artillería de la luneta de San Roque y del baluarte de San Pedro, facilitando los otros dos ataques combinados contra los fortines de Pardaleras y La Picuriña, que había que rendir antes de establecer una batería de brecha contra los muros del castillo²⁴.

cada cabalgada de más de diez kilómetros, que tan solo detuvo frente a los glacis del fuerte de San Cristóbal, llegando a decir que “no era propia de soldados que confían en la disciplina y en los oficiales, sino antes al contrario de una horda salvaje que galopa imprudentemente dejándose llevar por sus monturas, pues precisamente cuando el enemigo estaba a su merced, sacrificaron ventajas sustanciales, además del propio objetivo de la operación, persiguiéndole más allá de lo aconsejable”. Oman, Charles: *op.cit.*, pp. 264 y 265.

²² Lo cual fue posible gracias a que, en una estrategia conjunta, el brigadier Morillo había tomado Mérida y la caballería del conde de Penne Villemur Almendralejo, obligando al general Latour-Maubourg a retroceder hasta Llerena, donde estableció el cuartel general y mandó correos a Soult informando sobre estos movimientos. *Ibidem*, pp. 272-273.

²³ Lamare, Jean-Baptiste Hippolyte: *op.cit.*, pp. 143-144.

²⁴ Jones, John Thomas: *op.cit.*, pp. 14-19.

Para hacer efectivo este plan, el mayor Alexander Dickson²⁵ hizo reunir en Elvas un tren de sitio compuesto de veinticuatro piezas de 16 libras, dieciséis de 8, diez obuses de 2 pulgadas y ocho de 6. En total treinta y dos bocas de fuego de distinto calibre, servidas por cinco compañías portuguesas, que a la postre se revelarían insuficientes teniendo en cuenta las cincuenta y cuatro usadas por los franceses en el cerco anterior. En cualquier caso, ninguna estuvo lista de inmediato, puesto que una nueva crecida del Guadiana se llevó por delante el puente de barcas y no fue sino hasta el 4 de mayo cuando las columnas británicas pudieron presentarse finalmente ante Badajoz. Cuatro días más tarde el cerco fue completado, y el 11 de mayo tres piezas de 24 libras junto a dos morteros de 8 pulgadas abrieron fuego contra San Cristóbal. Pero esa misma noche la batería fue silenciada con la que habían emplazado los franceses en el castillo, y como al día siguiente los informes alertaron del fuerte contingente que, al mando de Soult, se aproximaba desde Andalucía, Beresford ordenó levantar el sitio.



Figura 5. Defeat of a French Division Before Badajoz, acuarela de Thomas Sutherland de 1815 en la que se representa el combate librado en las inmediaciones de Badajoz, el 25 de marzo de 1811

²⁵ La artillería británica estuvo a cargo del mayor Alexander Dickson, que registró todas sus decisiones en un minucioso diario que heredó su hijo Collingwood Dickson. Años más tarde este lo cedió al mayor Francis Duncan, hijo a su vez del oficial del mismo nombre que murió en agosto de 1812 en Sevilla tras explotar accidentalmente un polvorín que custodiaba, el cual se había empeñado en escribir una crónica del Real Regimiento de Artillería Británico. Aunque parece ser que el diario acabó extraviado, las notas más importantes fueron transcritas en la versión de Duncan, además de admitidas también en la del coronel Jones que venimos citando. Vid. Duncan, Francis: *History of the Royal Regiment of Artillery*. Murray, Londres, 1879, Volumen II.

Los británicos achacaron el fracaso de este primer cerco a las carencias de la artillería portuguesa. Llegaron a decir que sus cañones habrían hecho las delicias de cualquier museo, porque databan de mediados del siglo XVII, eran imposibles de calibrar y muy poco fiables en aquellas circunstancias, a lo que había que sumar la escasa experiencia de los artilleros portugueses que los servían²⁶. Sin embargo, el propio mayor Dickson procuró contrarrestar estas falsedades elogiando expresamente el celo y la profesionalidad desplegados por sus aliados²⁷, y poniendo el dedo en la llaga, por el contrario, en la crónica falta de medios y oficiales facultativos del Ejército británico, cuestión esta que a corto plazo acarrearía serios problemas para encarar la guerra de sitios que se preveía en esta etapa del conflicto. A su juicio, el responsable de aquel fracaso no era otro que el teniente general Beresford, de quien llegó a decir que:

Fue mejor administrador en tiempos de paz que general en tiempos de guerra. No puede dejar de alabarse sus desvelos por organizar e instruir al Ejército portugués, ni tampoco la fidelidad que mostró siempre a Wellington; pero su capacidad para el combate dejó mucho que desear, y el éxito que siguió al primer sitio de Badajoz lo fue a pesar suya, no gracias a él. La Albuera fue una de las más crueles batallas de la Península, y estará asociada para siempre al nombre de Beresford, pese a que en lugar de su heroísmo las crónicas debieron registrar su temeraria incapacidad para el combate. Porque, aunque sea más que dudoso que las decisiones en el campo de batalla correspondan a un único general, lo cierto es que las suyas se revelaron siempre extremadamente erróneas, cubiertas tan solo por el coraje de sus hombres después de un ingente número de bajas. De tal modo que, frente a un general como Soult, la disposición que hizo de las líneas el 16 de mayo puso de manifiesto tal candor infantil que, en la figura de un general obligado a velar por las vidas de sus soldados, rayaba temerariamente lo criminal²⁸.

En efecto, pese a la táctica empleada por Beresford, que dispuso del mando del Ejército aliado en atención al número de tropas aportadas por expreso deseo del capitán general Francisco Javier Castaños²⁹, la sangrienta

²⁶ Oman, Charles: *op.cit.*, pág. 275.

²⁷ Duncan, Francis: *op.cit.*, pp. 292 y 293.

²⁸ Duncan, Francis: *Ibidem*, pág. 293.

²⁹ La historiografía británica trató siempre de ocultar la desastrosa estrategia empleada por los británicos en la batalla de La Albuera, minimizando la participación de los españoles, hasta que recientes trabajos han puesto de manifiesto el relevante protagonismo de los nuestros y la urgente revisión de aquellos textos que abogan por una visión partidista y

batalla de La Albuera consiguió alejar a Soult de su propósito principal, que no era otro que levantar el cerco de Badajoz, pero no alteró significativamente la estrategia general del conflicto. Aunque al menos sirvió para que, una vez frenado el avance del Ejército francés sobre la capital de Extremadura, los británicos pudieran reanudar los trabajos de circunvalación con los que se habían propuesto rendir la plaza³⁰. Y en cuanto a esta cuestión, la experiencia del primer cerco demostró que cualquier resultado satisfactorio pasaba por otorgar un papel decisivo a la potencia de fuego. Porque a estas alturas ya todos daban por hecho que el segundo sitio de Badajoz iba a ser fundamentalmente un combate a librar entre dos cuerpos de artillería.

*EL PAPEL DE LA ARTILLERÍA JURAMENTADA.
EL CORONEL CÉSAR GONZÁLEZ*

Así se lo hizo ver a Wellington el mayor Dickson. El comandante de las fuerzas británicas regresó a Elvas el 19 de mayo, advirtiendo de inmediato la urgencia por conquistar Badajoz. Aunque acababa de infringir un serio revés a Masséna en Fuentes de Oñoro, pronto tuvo noticias de que el Ejército de Portugal, que continuaba operativo al mando de Marmont, se había puesto en marcha hacia Extremadura en una maniobra envolvente con el ejército de Soult, con el objetivo de desbloquear la plaza y copar a los británicos encerrándolos en el valle del Guadiana³¹. Por esta razón, ordenó que la III y VII División salieran de inmediato a reforzar el cerco, tomando además las medidas oportunas para que fuera reunido un tren de sitio compuesto de treinta cañones de 24 libras, ocho de 12, cuatro de 16, dos obuses de 10 pulgadas y cuatro de 8, que serían servidas por seiscientos diez artilleros portugueses³². Como se ve, estas eran el doble de piezas de las usadas apenas unos días antes, porque el plan pasaba ahora por tomar la plaza en

unidireccional de la Historia. Vid., en este sentido, Sañudo Bayón, Juan José: *La Albuera 1811 ¡Glorioso campo de sufrimiento!* Almena, Madrid, 2006.

³⁰ Aunque de inmediato ambos contendientes procuraron arrogarse el triunfo de la batalla - son significativas en este sentido las ediciones extraordinarias de la *Gazeta de la Regencia*, de 23 de mayo de 1811 y la *Gazeta de Sevilla*, de 5 de junio de 1811 -, lo cierto es que la tregua vino impuesta por el ingente número de pérdidas que afectó por igual a jefes, oficiales y soldados. Según Sañudo Bayón, los españoles tuvieron un total de 1.461, mientras que por el otro lado Oman precisó un total de 4.159 bajas británicas, además de otras 389 portuguesas y 5.936 francesas. Sañudo Bayón, Juan José: *op.cit.*, pp. 85 y 86; Oman, Charles: *op.cit.*, pp. 632- 635.

³¹ Oman Charles: *op.cit.*, pág.407.

³² Jones, John Thomas: *op.cit.*, pág. 39.

once días, si no quería quedar atrapado a merced de los cuerpos franceses que comenzaban a cerrar la tenaza sobre sus divisiones.

En todo caso, este número se aproximaba más a las usadas por los franceses para conquistar Badajoz apenas tres meses antes, entre las que destacaban cuatro de los dieciochos obuses Villantroys fundidos en la Real Maestranza de Sevilla por el afamado Manuel Pe de Arros³³. Estas piezas, que pesaban más de cinco mil libras y eran transportadas sobre afustes de bronce como los morteros, tenían por el contrario una longitud de ánima de casi tres metros, lo que permitía realizar tiros parabólicos en ángulos de 45° con un alcance de más de cinco kilómetros de distancia. Estas características, que hicieron imprescindibles a los obuses Villantroys en el cerco de Cádiz, resultaron fundamentales para bombardear las posiciones españolas sobre Santa Engracia, logrando encerrar al Ejército de Mendizábal con anterioridad a la ya comentada batalla del 19 de febrero. Por esta razón, cuando conquistaron la plaza, los franceses mantuvieron dos de estas piezas antes de regresar con el tren de sitio a Sevilla. Y la decisión no pudo ser más acertada para el devenir de los acontecimientos, como en breve se expondrá.

Aunque quizás la decisión más determinante, fruto no obstante de una contingencia en la cadena de mando, fue la de poner a un español al frente de las baterías que habrían de enfrentarse a los británicos. En efecto, a mediados de mayo, el coronel Hyacinthe Colin, comandante del 7º regimiento de artillería francés, cayó enfermo y hubo de ser sustituido por el coronel César González, auxiliado en las labores de defensa por el capitán Francisco Javier Horé³⁴. Ambos habían dado muestras de una acreditada hoja de servicios hasta su incorporación al ejército juramentado apenas unos meses antes, aunque con posterioridad cayeron en el olvido. Por diversas razones, los hombres que juraron lealtad al rey José Napoleón acabaron siendo los grandes olvidados por los estudiosos de la Guerra de la Independencia, cuestión que resulta especialmente flagrante en el caso de los cuerpos facultativos, como ha llegado a reconocer el vexilólogo Luis Sorando, que ha dedicado más de veinte años a recomponer las distintas unidades del ejército josefino³⁵. En el caso que nos ocupa, la artillería tuvo un papel esencial en

³³ Torrejón Chaves, Juan: “Sénarmont, Comandante en Jefe de la Artillería Napoleónica en España”, en *Revista de Historia Militar*. Año LV. Nº Extraordinario. Ministerio de Defensa, Madrid, 2011, pp. 51 y 52.

³⁴ “Rapport du maréchal Soult, duc de Dalmatie, au prince Berthier, major général. Badajoz, le 22 juin 1811”, en Belmas, Jean Vital: *Journaux des Sièges faits ou soutenus par les français dans la Péninsule, de 1807 a 1814*. Hermanos Firmin Didot, Paris, 1836, Tomo I, pág. 578.

³⁵ Vid. Sorando Muzás, Luis: *El Ejército español de José Napoleón*. Desperta Ferro, Madrid, 2018.

la defensa desplegada por los franceses y, paradójicamente, fue dirigida por un español: el coronel González.

César González Tournelle nació en La Coruña en 1771³⁶. Su padre había sido coronel de artillería y dos hermanos suyos siguieron los mismos pasos. Uno murió en la batalla de Trafalgar y otro le acompañaría en el exilio a Francia, en 1813. Con dieciocho años sentó plaza de caballero cadete en el Real Colegio de Artillería de Segovia, donde a principios de 1792 se graduó en empleo de teniente segundo. Entró entonces como ayudante del afamado científico Joseph Louis Proust en el recién inaugurado laboratorio de química, mandado construir sobre las ruinas de las antiguas casas del obispado, frente al Alcázar. El 11 de noviembre de ese mismo año participó en Real Sitio del Escorial y en presencia de Carlos IV, junto a los también tenientes segundos Pedro Fuentes y Manuel Gutiérrez, en un exitoso y pionero ejercicio de aerostación destinado a revolucionar la técnica a nivel mundial.



Figura 6. Elevación de un globo ante la Corte de Carlos IV, pintado por Antonio Carnicero en 1792 que se conserva en el Museo de Bellas Artes de Bilbao. En el mismo pueden apreciarse los oficiales y cadetes del Real Colegio de Artillería de Segovia que participaron en la práctica del globo cautivo dirigida por Louis Proust ante los reyes de España

³⁶ Los datos que se exponen han sido extractados a partir de la Hoja de Servicios del coronel González facilitada por Fernando de la Iglesia Ruíz, el *Mercurio Histórico y Político*, números de enero de 1793 y 1794, en lo referente a la Campaña del Rosellón, y el *Memorial de Artillería*, año 68, Serie VI. Imprenta Arias, Madrid, 1913, Tomo IV, pp. 5-17, en cuanto a la exhibición del globo aeroestático, recogido también por Gomá Orduña, José: *Historia de la Aeronáutica Española*. Prensa Española, Madrid, 1946, pp. 25-27.

Al año siguiente fue destinado a la Campaña del Rosellón, en la que sirvió en el Ejército de los Pirineos Occidentales bajo las órdenes del capitán general Ventura Caro, destacándose en las baterías contra el Castillo de Piñón, en las expediciones de Arnuegui y Ondarolla, y en los combates de Casas de Arrupe, Irún y Fuenterrabía de 1794, donde fue hecho prisionero, junto al entonces teniente Luis Daoiz, con quien entabló una profunda amistad. Liberado tras la contienda, César González fue ascendido a teniente primero, grado con el que sirvió al frente de la compañía de pontoneros que debía abrir paso al ejército de Godoy en los prolegómenos de la Guerra de las Naranjas. En 1804 ascendió a capitán segundo para ser destinado a Cartagena, donde participó en distintas misiones de expediciones sobre el mar y artillería de costa, frente a la amenaza inglesa de hacerse con las Islas Baleares. En 1805 ascendió a capitán y pasó de secretario al estado mayor del mariscal de campo José Navarro Sangrán. Allí coincidió con el capitán Pedro Velarde, que era secretario de la Junta Superior Económica, con el que formaría parte de una comisión destinada en 1806 a la Fábrica de Murcia, para experimentar una invención que trataba de duplicar la potencia de la pólvora. A su vuelta, realizó el primer inventario de las piezas conservadas en el Museo de Artillería, por entonces en el Palacio de Monteleón, compaginando la dirección del mismo en 1807.

Como es conocido, el parque de artillería aquí reunido fue defendido por sus amigos Daoiz y Velarde el 2 de mayo de 1808. Si González no tomó parte en aquel acto heroico se debió probablemente a que fue retenido por Navarro Sangrán en el Estado Mayor, quedando bloqueado a partir de entonces en el bando de los que durante mucho tiempo se les denominó “malos españoles” e “hijos desnaturalizados de la Patria”, cuando lo cierto es que en la mayor parte de los casos no hicieron sino cumplir las órdenes de sus superiores, aun por encima de sus preferencias personales. La Historia fue cruel con todos ellos, pues una vez superado el conflicto, los vencedores pusieron en marcha una inexorable *Damnatio Memoriae* en la que, además de expropiarles el patrimonio, se les marcó durante varias generaciones de serviles y colaboracionistas. De este modo, se condenó al ostracismo a miles de españoles que, como entonces argumentaba el intelectual eclesiástico José Félix Reinoso:

No eran sino hombres más o menos decididos por la resistencia; hombres con más crecidas, o más cortas, o ningunas esperanzas en la victoria; hombres que se acomodaron fácilmente a la necesidad de la sumisión; hombres que para libertarse de vejaciones, o por consultar a sus intereses, que todo es lo mismo, se acercaron y obsequiaron más a los conquistado-

*res; hombres débiles, tímidos, equivocados, imprudentes acaso, yo no negaré que los hubo. Pero tales hombres conquistados primero y subyugados a la fuerza después, ¿merecen en justicia la calificación de criminales? ¿Qué mal verdadero y efectivo causaron? ¿Qué daños hubo, que sin ellos no hubieran sucedido?*³⁷

Sin duda César González Tournelle fue uno de aquellos hombres. Obligado a seguir a la Corte del Rey José hasta Vitoria, cuando el Ejército de Castaños entró triunfante en Madrid, hubo de prestar finalmente juramento a la dinastía de los Bonaparte. En mayo de 1809 fue nombrado comandante de batallón, un mando nominativo, porque a aquellas alturas del conflicto no existía aún un cuerpo de artillería formado. Hasta que el 1 de febrero de 1810 el rey José entró Sevilla y los franceses pudieron tomar posesión de la Real Fábrica de Artillería y de casi trescientas piezas de todos los calibres, abandonadas por el ejército español en su precipitada retirada a Cádiz. Muchos de estos cañones acabarían por servir al embrión del Cuerpo de Artillería juramentado que rápidamente comenzó a organizarse en Sevilla, fundamentalmente a partir de un grupo de artilleros extremeños que quedaron aislados cuando el duque de Alburquerque puso a salvo los restos de sus tropas en Cádiz³⁸. El grupo se puso a las órdenes del capitán Francisco Javier Horé, que había defendido el paso del puente de Almaraz en enero de 1809, para posteriormente ser hecho prisionero en la batalla de Medellín, librada el 28 de marzo del mismo año³⁹, formando finalmente una compañía que al poco tiempo contaba ya con 10 oficiales, 83 hombres y 11 caballos, además de otros 30 desplazados a Constantina y Niebla⁴⁰.

Los artilleros juramentados auxiliaron a los franceses en el sitio de Badajoz, donde una vez rendida la plaza acabó formándose una compañía de parque con muchos de los que habían venido sirviendo en la guarnición desde los orígenes del conflicto⁴¹. Según el estadillo aportado por el coronel Lamare, durante los dos asedios británicos esta compañía estaba formada por cinco oficiales y cuarenta y nueve artilleros⁴². Así, además del coronel González, jefe de batallón y comandante segundo del cuerpo, los oficia-

³⁷ Reinoso, Félix José: *Examen de los delitos de infidelidad a la Patria, imputados a los españoles sometidos bajo la dominación francesa*. Imprenta de la Viuda de Duprat, Auch, 1816, pp. 229 y 230.

³⁸ Vid. *Gazeta de Madrid*, de 20 de febrero de 1810.

³⁹ Vid. *Semanario Patriótico*, de 13 de julio de 1809 y *Gazeta del Gobierno*, de 11 de abril de 1809.

⁴⁰ Sorando Muzás, Luis: *op.cit.*, pág. 238.

⁴¹ Marabel Matos, Jacinto Jesús: *Damnatio Memoriae*. Trespiés, Badajoz, 2017, pp. 217-219.

⁴² Lamare, Jean-Baptiste Hippolyte: *op.cit.*, Lamare, pág. 210.

les juramentados que defendieron la plaza de Badajoz fueron los capitanes Francisco Javier Horé y Antonio de Hocés, el teniente primero Manuel Fariñas y los tenientes segundos Ramón Consello y Cristóbal Cervera⁴³. Los españoles continuaron pues al frente de la mayor parte de las piezas confiscadas por Soult tras la capitulación de la plaza⁴⁴, dirigiéndolas ahora contra otro enemigo. Porque al poco tiempo este ingente arsenal, al que los franceses sumaron los cañones traídos de Olivenza y Campomayor, dejó en perfecto estado de defensa tanto los baluartes como las obras exteriores que formaban, ya de por sí, el vigoroso sistema fortificado de Badajoz, a la espera del ulterior asalto que habrían de probar los británicos.



**Figura 7. Entrada del rey José en Sevilla,
según grabado publicado en France Militaire en 1838**

⁴³ Marabel Matos, Jacinto Jesús: *op.cit.*, pp. 218-129; 247.

⁴⁴ Unas cien, según el oficio que el coronel Caamaño dirigió a Castaños el 4 de abril de 1811, en el que aseguraba también que al tiempo de entrar los franceses en la plaza los almacenes disponían de quinientas libras de pólvora, treinta y dos mil proyectiles de los distintos calibres, quinientas bombas, incluidas trescientas de asalto, cinco mil quinientas granadas de mano, un millón de cartuchos de fusil, treinta barriles de brecha, mil varas de salchichas cargadas para minas y tres mil cañones de fusil sin caja para mediano servicio. Caamaño y Pardo, Joaquín: *Papel formado de los acontecimientos en la defensa de Badajoz, por el comandante de artillería de esta Plaza en el Sitio que le pusieron los franceses en 1811*. Elvas, 1811, pp. 12 y 13.



Figura 8. Retrato del general Armad Philippon, gobernador de Badajoz. Miniatura realizada por Friedrich Karl Rupprecht en 1807, cuando aquel era aún coronel del 54º regimiento de infantería de línea

EL SEGUNDO CERCO BRITÁNICO

Un asalto que en todo caso tenían que concluir en once días, si no querían quedar atrapados a merced del enemigo⁴⁵. Conocedor del peligro que aventuraba la artillería de la plaza, la experiencia del primer cerco debería haber advertido a Lord Wellington sobre la imposibilidad de alcanzar este objetivo en tan corto espacio de tiempo⁴⁶, pero sin duda el comandante de las fuerzas británicas sobreestimaba la capacidad de sus cuerpos facultativos, en realidad exigüos en materiales y falto de especialistas para llevar a cabo un cerco de tamaña envergadura, y el desastre devino inevitable.

⁴⁵ Jones, John Thomas: *op.cit.*, pág. 30.

⁴⁶ No obstante, poco tiempo después acabaría sincerándose con el conde de Liverpool en cuanto a lo erróneo de su estrategia, llegando a asegurar que: “tras la batalla de La Albuera y una vez reunidos los refuerzos, emprendí el asedio de Badajoz, previendo que con los medios que contaba la plaza sería tomada antes del final de la segunda semana de junio, puesto que para entonces había estimado que el Cuerpo del mariscal Soult, reforzado con el Ejército de Castilla, estuviera en disposición de auxiliar la plaza. Desafortunadamente me equivoqué infravalorando la calidad de dichos medios.” Gurwood, John: *The Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington, K.G., during his various campaigns*. Murray, Londres, 1837, Volumen VIII, pág. 13.

Obviamente, nada de esto fue contemplado cuando el domingo 19 de mayo, tres días después del combate de La Albuera, Lord Wellington reunió en Elvas al coronel Richard Fletcher y al mayor Alexander Dickson, responsables de los cuerpos de ingeniería y artillería respectivamente, para coordinar los trabajos de cerco. Abandonado el plan anterior de tomar la plaza por el sur, las órdenes contemplaban en esta ocasión dos asaltos simultáneos contra el fuerte de San Cristóbal y el castillo al que dominaba. Para lograr abrir brecha en el primero, la artillería contaría con doce piezas de 24 libras y cuatro de 16, junto a dos morteros de 10 pulgadas y cuatro de 8; mientras que para el castillo se emplearían catorce piezas de 24, dos morteros de 10 y cuatro de 8. Todas ellas serían servidas por tres regimientos portugueses que hacían un total cuatrocientos hombres, a los que se sumaron otros ciento diez procedentes del Real Cuerpo de Artillería Británico⁴⁷.

Con todo, no fue sino hasta el 25 de mayo cuando las columnas de la VII División del teniente general Houston hicieron su aparición en las alturas próximas al fuerte de San Cristóbal. Formada en marzo de ese mismo año, era esta una división ligera con dos brigadas, dirigidas por los generales hannoverianos Karl August von Alten y John Sontag, además de otra portuguesa al mando del general Federico Lecor, cuya heterogénea composición le había valido el título de “La Mestiza”⁴⁸, pues no sin razón, además de dos regimientos de la Legión Alemana del Rey, contaba con un batallón de tropas del Ducado de Brunswick y otro de *Chasseurs Britanniques*, unidades ambas formadas con mercenarios polacos, suizos, croatas e italianos, de escasa disciplina y frecuente tendencia a la desertión⁴⁹.

Acampados en Santa Engracia, al otro lado del río, aún tuvieron que esperar dos días a que la III División del teniente general Picton, a la que acompañaban las brigadas portuguesas de Hamilton, terminase de cruzar el puente de barcas emplazado aguas abajo y tomara posesión de la orilla iz-

⁴⁷ Jones, John Thomas: *op.cit.*, pp. 38-39.

⁴⁸ Literalmente “*The Mongrel*”. OMAN, Charles: *Wellington's Army 1809-1814*. Edward Arnold, Londres, 1913, pág. 171.

⁴⁹ Precisamente, tras los fallidos asaltos de junio de 1811, Lord Wellington escribiría al conde de Liverpool lamentando esta circunstancia e informando “que desde el comienzo del asedio de Badajoz, han desertado 52 *Chasseurs Britanniques*, a pesar de contar tan solo con una parte de ellos en el Ejército, puesto que sospechamos que unos 686 se quedaron en Lisboa. El riesgo de la desertión de estos soldados para nuestras armas es muy elevado, ya que es casi el único modo por el que el enemigo puede adquirir información; pero además de este perjuicio general, cuyo alcance no es poco, sería conveniente acrecentar estos cuerpos con más tropas. Me temo que el reclutamiento, tanto de los *Chasseurs Britanniques* como de la Legión de Brunswick, no se está llevando a cabo del modo en que fue propuesto al Gobierno, sino que se está cubriendo con prisioneros y desertores de otros cuerpos.” Gurwood, John: *op.cit.*, pp.11-12.

quierda del Guadiana. En total, los británicos dispusieron en torno a 14.000 hombres frente a los muros de Badajoz, cuya guarnición estaba formada por un total 3.587 efectivos, incluido el personal médico y de administración⁵⁰. La noche del 29 al 30 de mayo los ingenieros comenzaron las paralelas, mientras la artillería se repartía la dirección de los ataques: el del castillo quedó bajo responsabilidad del mayor Dickson, auxiliado de los capitanes Rainsford y Latham, y el de San Cristóbal quedó a cargo del capitán Cleaves, auxiliado por los tenientes Hawker y Connel⁵¹. En el primer sector se montó una batería de catorce piezas de 24 libras, dos obuses de 10 pulgadas y cuatro de 8, mientras que en el segundo se emplazaron cuatro: una de cinco piezas de 24 para silenciar los fuegos del castillo, otra de 4 de 24 con cuatro obuses de 8 pulgadas destinada a contrarrestar los fuegos de San Cristóbal, otra de cuatro de 24 contra el parapeto y otra más de cuatro de 16, junto a dos obuses de 10, contra el hornabeque de la cabeza de puente⁵².

Sin embargo, antes de que pudieran estar listas, el coronel González dirigió rápidamente las suyas contra las trincheras, haciendo numerosas bajas entre el enemigo⁵³. Con todo, las baterías quedaron completadas la noche del 2 de junio, por lo que, al amanecer del día siguiente, la deflagración de cuarenta y tres bocas de fuego de todos los calibres hizo retumbar los contornos. Pero la guarnición respondió entonces con los cañones Villantroys y logró destruir casi al instante cinco piezas enemigas, silenciando el conjunto de baterías por el resto de la jornada⁵⁴. Para hacernos una idea de la potencia de fuego de estos cañones, nada mejor que la descripción que hizo el soldado William Wheeler, del 51º regimiento de infantería ligera, en su diario de campaña:

Un viejo portugués acababa de llegar [al campamento] con un carro de municiones tirado por bueyes. Apenas hubo dejado su carga en el polvorín, el enemigo nos agradó con un proyectil del “Big Tom”, que es el nombre que le hemos dado a uno de sus descomunales morteros. Cuando miré en la dirección que había estallado, a pocos pies de los bueyes, pude observar los restos de los animales desmembrados junto al carro, y cuando

⁵⁰ Oman Charles: *op.cit.*, pág. 416; Lamare, Jean-Baptiste Hippolyte: *op.cit.*, pág. 210.

⁵¹ Duncan, Francis: *op.cit.*, pág. 300.

⁵² Jones, John Thomas: *op.cit.*, pp. 44 y 50.

⁵³ Además del acierto en el tiro de los artilleros de la guarnición, las bajas entre los trabajadores de las trincheras fueron cuantiosas porque la inexperiencia del cuerpo de ingenieros en este tipo de combates les llevó a rellenar los gaviones con grava en lugar de tierra, convirtiéndolos en proyectiles mortales cuando una bomba enemiga caía sobre ellos. *Ibidem*, pág. 45.

⁵⁴ *Ibidem*, pág. 51.

*la nube de polvo y humo se hubo disipado, conseguimos ver al viejo, que había logrado escapar milagrosamente, corriendo en la distancia como un gamo*⁵⁵.

Los días sucesivos, el coronel González continuó dirigiendo el fuego de los Villantroys contra las baterías británicas emplazadas frente al castillo, impidiendo que aproximaran los caballeros de trinchera para batir con efectividad sus muros. Tres días más tarde había reducido la potencia de fuego del enemigo un 30%, por lo que este solo podía oponer catorce piezas operativas contra el castillo y diecisiete contra San Cristóbal⁵⁶. No obstante, en este último sector el débil revestimiento de uno de los parapetos hizo caer finalmente parte de la camisa del flanco derecho del fuerte, por lo que, contra el parecer del grupo de ingenieros que dirigía el ataque, Lord Wellington dictó las órdenes oportunas para probar el asalto esa misma noche⁵⁷.



Figura 9. Siege of Badajoz. Acuarela de Henri Leveque, publicada un año más tarde del sitio británico de 1811 y que se conserva en la Anne S.K. Brown Military Collection de la biblioteca de la Universidad de Brown. En la misma pueden apreciarse en primer término las baterías dispuestas por el mayor Dickson para contrarrestar las emplazadas por el coronel González en la alcazaba

⁵⁵ Durante los dos primeros días el conjunto de baterías de la plaza realizó más de tres mil descargas. El apodo del mortero al que hace referencia el soldado Wheeler tiene su origen en el estruendoso repique de “Great Tom”, la gigantesca campana de la torre central de la catedral de Lincoln. Liddell Hart, Basil Henry: *The Letters of private Wheeler*. Michael Joseph, Gloucestershire, 1951, pág. 59.

⁵⁶ Jones, John Thomas: *op.cit.*, pp. 50-60.

⁵⁷ El teniente coronel Fletcher dirigió un informe a Lord Wellington, firmado a las tres de la mañana del 4 de junio, en el que después de consultar al capitán Squire, dudaba que fuera practicable la brecha del fuerte de San Cristóbal. En el siguiente, firmado a las ocho y media de la mañana, añadía que ni el capitán Squire ni el propio general Houston consideraban practicable la brecha. Gurwood, John: *Supplementary Despatches, Correspondence and Memoranda of Field Marshal Arthur Duke of Wellington*, K.G. Murray, Londres, 1860, Volumen VII, pp. 151-152.

Resultaba esencial tomar el fuerte de San Cristóbal para poder dominar las baterías del castillo que impedían a los británicos aproximar las suyas para abrir brecha y ejecutar un asalto general. Como se ha dicho, la urgencia de Wellington era máxima y por esta razón dispuso un destacamento de ciento cincuenta y cinco hombres para tomar el fuerte la noche del 6 de junio. A este destacamento formado en su mayor parte por granaderos de las compañías del 85° y del 51° ligeros, se le unieron además voluntarios del batallón del Ducado de Brunswick, de los *Chasseurs Britanniques* y del 17° regimiento de infantería ligera portugués⁵⁸.

A media noche, el *forlorn hope* abandonó las trincheras y avanzó sin oposición sobre el glacis. Las empalizadas habían sido derribadas por el fuego de la artillería y la contraescarpa tampoco representó ningún problema, pues en este punto solo alcanzaba el metro de altura, pero al llegar al pie de la brecha la encontraron impracticable y erizada de todo tipo de obstáculos. Además, los franceses habían reconstruido el parapeto con fajinas, sacos terreros y fardos de lana. Los granaderos del 88° regimiento de línea del capitán Chauvin que defendían el fuerte, fueron armados con tres fusiles cada uno, junto a gran cantidad de bombas de catorce pulgadas que debían ser lanzadas al foso cuando apareciera el enemigo. Tan convencidos estaban de su posición dominante que, “sin inmutarse, recibieron a los asaltantes a pie firme, arrojándolos sobre los escombros, mientras todo tipo de bombas y granadas, lanzadas por artilleros y zapadores, estallaban y llevaban la muerte en medio de los grupos que se encontraban junto a la brecha”⁵⁹.

Durante un cuarto de hora, ciento ochenta hombres, arracimados en la estrechez del foso, trataron de fijar las escalas. Y cuando algunos de ellos consiguieron apoyarlas, pudieron comprobar con desesperación que estas eran demasiado cortas y se hacía imposible alcanzar el muro. El mayor Mackintosh, que dirigía el grupo de asalto, ordenó la retirada de los pocos soldados que aún quedaban en pie, porque por entonces más de la mitad del destacamento había sucumbido en los fosos de San Cristóbal: el 51° ligero perdió cuarenta y dos hombres, el 85° ligero a ocho, los portugueses tuvieron treinta y siete bajas, y los mercenarios de los batallones extranjeros siete. Por su parte, la guarnición tan solo tuvo que lamentar un muerto y cinco heridos⁶⁰.

Exasperados quizás con su propia negligencia, los británicos dirigieron su rabia contra la población y al amanecer del día siguiente comenzaron a castigar sin compasión la plaza: “un gran número de casas aparecían hun-

⁵⁸ Oman Charles: *op.cit.*, pp. 424-425.

⁵⁹ Lamare, Jean-Baptiste Hippolyte: *op.cit.*, pp. 189-190.

⁶⁰ Oman Charles: *op.cit.*, pág. 425; Lamare, Jean-Baptiste Hippolyte: *op.cit.*, pág. 189.

didadas entre los escombros; los habitantes, consternados, abandonaban los barrios donde corrían infinidad de peligros. Pero la ciudad no ofrecía ningún lugar seguro; era sin cesar presa de las llamas, y los vecinos caían destrozadas bajo los escombros”⁶¹. Ese mismo día Lord Wellington ordenó redoblar los fuegos contra el fuerte de San Cristóbal y establecer una tercera batería en el ataque del castillo, con lo que dieciséis piezas de 24 libras acabaron dirigiendo sus fuegos contra el muro⁶² y, pese a los esfuerzos de la artillería juramentada, el día 9 de junio la brecha amaneció practicable.

Los británicos decidieron probar un nuevo asalto contra San Cristóbal y esa misma noche se dictaron las órdenes oportunas. En esta ocasión, el destacamento estaría formado por cuatrocientos hombres, la mitad de ellos integrados en el grupo de asalto, dividido a su vez en dos compañías de granaderos. Para solventar uno de los principales problemas del anterior asalto, los ingenieros hicieron construir dieciséis escalas de algo más de nueve metros, cuya longitud creyeron ahora suficiente para superar la altura del muro. El resto del destacamento, otros doscientos hombres, debía cubrir el ataque con una descarga de fusilería dirigida contra la guarnición del fuerte⁶³.

Así fue como a las diez de la noche, el *forlon hope* saltó de nuevo las trincheras secundados del grupo de asalto. Pero justo en ese instante fueron descubiertos por las dos compañías de élite del 21º regimiento ligero que, al mando del capitán Joudiou, defendían en esta ocasión el fuerte. La guarnición les recibió con regocijo invitándoles a avanzar⁶⁴, y en el fuego cruzado que se inició entonces resultó muerto el mayor McGeachy, comandante del 17º regimiento de infantería ligera portugués que dirigía el destacamento, con lo que la cadena de mando se resintió y los hombres vagaron desorientados por el foso. Los franceses disparaban a discreción mientras arrojaban todo tipo de artefactos incendiarios sobre la avanzada de los asaltantes, estrechados en muy pocos metros en el foso. Y como colofón al desastre que anunciaba la caótica situación, llegó entonces el segundo destacamento, precedido de la compañía de *Chasseurs Britanniques* encargada de portar las escalas necesarias para trepar el muro. Estos hombres:

No bien hubieron superado el glacis, mostraron gran prisa por desembarazarse de la carga y, sin mayores miramientos, arrojaron las escalas

⁶¹ Lamare, Jean-Baptiste Hippolyte: *op.cit.*, pág. 192.

⁶² Con estas órdenes no hacía sino reconocer que, por el momento, no era factible el asalto en ningún punto de la fortificación, tal y como le habían tratado de hacer ver sus ingenieros. Gurwood, John: *Supplementary, op.cit.*, pág. 157.

⁶³ Las órdenes de este segundo asalto fueron recogidas por Jones, John Thomas: *op.cit.*, pp. 72-74.

⁶⁴ *Ibidem*, pag. 76.

al foso en lugar de pasarlas a través de las empalizadas. Después saltaron sobre ellas, advirtiendo de inmediato que eran incapaces de moverlas, pues además de encontrarse trabadas, la madera verde de la que estaban hechas pesaba tanto que resultó imposible liberarlas. Como consecuencia de tal cúmulo de despropósitos, casi todo el destacamento acabó masacrado en el foso⁶⁵.



Figura 10. Badajoz during the Siege of June, 1811. Acuarela de Charles Turner, que se conserva en Yale Center of British Art de New Haven, Connecticut, y en la que se puede apreciar los preparativos del cerco en el margen izquierdo del Guadiana iniciados por la III División del general Picton

En efecto, las pérdidas de este segundo intento de asalto fueron aún mayores que en el primero. El ataque dejó un saldo de trescientas veintitrés bajas, entre muertos y heridos, sin contar las decenas de prisioneros que fueron hechos por los franceses⁶⁶. Sin duda, la unidad más damnificada fue el 51º regimiento de infantería ligera, que llegó a perder en todo el cerco más

⁶⁵ Grattan, William: “Reminiscences of a Subaltern”, en *The United Service Journal and Naval and Military Magazine*. Henry Colburn, Londres, 1831, Volumen II, pág. 336.

⁶⁶ El parte oficial de bajas contabilizó un total de cuatrocientos setenta y cinco efectivos, de las que cabe sustraer ciento cincuenta y dos correspondientes al primer asalto fallido. Vid. *London Gazzete*, de 6 de junio de 1811. Por su parte, el general Houston informó a Lord Wellington en una carta dirigida al día siguiente, que algunos oficiales habían sido capturados por la guarnición del fuerte, entre ellos los capitanes Nixon y Budd, así como el alférez Leslie, por lo que es probable que este número acabara aumentando. Gurwood, John: *Supplementary, op.cit.*, pág. 159.

de la mitad de sus efectivos⁶⁷. El teniente coronel Samuel Rice, que tuvo que ponerse al frente tras resultar herido el coronel Mainwaring que los mandaba, dejó escrito en su diario que:

Fuimos cruelmente hostigados día y noche, haciendo un blanco fácil al descubierto sobre la campiña y expuestos al Sol abrasador de junio. Nuestro regimiento sufrió lo indecible en los dos intentos fallidos de asaltar el fuerte de San Cristóbal, con más de trescientos hombres muertos o heridos, entre ellos varios oficiales. Yo escapé milagrosamente del más incesante fuego que he recibido en mi vida. Hoy escribo desde el suelo desnudo que ha sido mi morada durante el último mes, presto a sustituir al coronel Mainwaring y comandar el regimiento, reducido a menos de trescientos hombres. ¡Pagamos un excesivo precio por preservar el honor y la gloria de nuestras armas!⁶⁸.

Un parlamentario se acercó a las diez de la mañana del día siguiente hasta las inmediaciones del hornabeque de la cabeza de puente. Traía una carta del teniente general William Stewart dirigida al gobernador Armand Philippon, solicitando el cese de las hostilidades para poder recoger las decenas de muertos y heridos que cubrían las laderas de Santa Engracia⁶⁹. Como los franceses accedieron a ello, después de llevarse a sus camaradas caídos, los británicos comenzaron a levantar el cerco. Entre el 12 y el 13 de junio desmontaron las baterías artilleras y las piezas fueron conducidas de nuevo a Elvas, escoltadas por los restos de la VII División. El mayor Alexander Dickson asumió en su diario la parte del fracaso que le correspondía, asegurando que “había sacado todo lo que podía esperarse del cuerpo de artillería”, teniendo en cuenta la escasez de medios con los que contaba y el acierto en los tiros de la guarnición, que en ningún momento le permitió acercar las baterías destinadas a abrir brecha en el muro del castillo⁷⁰.

La labor en la dirección de la artillería de la plaza fue reconocida por el enemigo, pero también por el mariscal Soult, que finalmente entró en Badajoz junto al mariscal Marmont el miércoles 20 de junio de 1811, precedido de un escuadrón de dragones. La guarnición, que le esperaba formada

⁶⁷ Liddell Hart, Basil Henry: *op.cit.*, pág. 65.

⁶⁸ Mockler-Ferryman, Augustus: *The life of a Regimental officer during the Great War, 1793-1815*. Blackwood and sons. Edimburgo, 1913, pp. 160-161. El coronel Mainwaring regresó inválido a Gran Bretaña, donde fue nombrado comandante de la guarnición de Hilsa, cerca de Portsmouth, alcanzó el grado de teniente general en 1837 y murió cinco años más tarde.

⁶⁹ Lamare, Jean-Baptiste Hippolyte: *op.cit.*, pp. 198-199.

⁷⁰ Duncan, Francis: *op.cit.*, pp. 304 y 305.

en el campo de San Juan, con todas las campanas de las iglesias repicando sin cesar, recibió numerosos elogios por su valerosa defensa: “Habéis rivalizado todos en celo, actividad y valor ¡Os habéis mostrado como auténticos franceses!”, les dijo⁷¹. Después repartió ascensos y honores entre la compañía de artilleros juramentados, proponiendo al coronel González y al capitán Horé para la Legión de Honor. Ambos tuvieron la satisfacción de ser los dos únicos oficiales españoles proclamados miembros de la más alta distinción francesa por el propio Napoleón⁷², una dignidad que también fue compartida por el rey José, que los designó así mismo caballeros de la Orden Real de España por la defensa que hicieron en el segundo cerco que los británicos pusieron a Badajoz⁷³.

Para entonces, el coronel González ya se encontraba en Sevilla. El coronel Manuel del Río, auxiliado por el comandante Francisco de Biedma y los capitanes Horé, Hoces y Fariñas, se mantuvieron al frente de la compañía de parque que volvería a enfrentarse a los ingleses en el sitio de Badajoz de 1812, aunque con un resultado bien distinto. Todos ellos fueron fusilados después de la rendición de la plaza⁷⁴, por lo que, intuyendo quizás que podría pasarle algo parecido, César González acabó exiliado en Francia en noviembre de 1813, a donde pasó con una compañía a pie compuesta de dos oficiales, veintiún hombres y cuatro cañones⁷⁵. Aunque al año siguiente fue nombrado director de artillería en Lion, pudo regresar a España en el Trienio Liberal. Por entonces, las Cortes acordaron que se tuviera por meritorias y honoríficas las causas que se formaron a varios exiliados por su adhesión a la Constitución de 1812, por lo que además de indultarlo le fueron reconocidas sus anteriores acciones. Declarado “auténtico testimonio y timbre glorioso de patriotismo”, César González encontró finalmente empleo de civil como fundidor mayor en la Real Maestranza de Sevilla⁷⁶.

⁷¹ Lamare, Jean-Baptiste Hippolyte: *op.cit.*, pág. 206.

⁷² Vid. *Journal de l'Empire*, de 7 de octubre de 1811. Nombramiento con efectos desde el 6 de agosto anterior.

⁷³ Vid. Decretos de 14 de agosto de 1811 y 17 de marzo de 1812, respectivamente, publicados en la *Gazeta de Madrid*, de 19 de agosto y 21 de marzo de 1812.

⁷⁴ Oman, Charles: *A History of the Peninsular War*. Clarendon Press, Oxford, 1911, Volumen V, pág. 110.

⁷⁵ AHN, Consejos, 49809, Exp. 149 “Expediente César y Manuel González, afrancesados que emigraron a Francia”.

⁷⁶ “Orden de 25 de junio de 1812, por la que se declaran meritorias y honoríficas las causas formadas a los individuos de la adjunta lista, por adictos al sistema constitucional”, en VV.AA: *Colección de Decretos y Órdenes expedidas por las Cortes Ordinarias de los años 1820 y 1821*. Imprenta Nacional, Madrid, 1822, Tomo VII, pp. 194-196. De Salas, Ramón: *Memorial Histórico de la Artillería Española*. Imprenta García, Madrid, 1831, pág. 158.

Duró poco, porque al año siguiente consiguió la cátedra de química en la Academia de Artillería de Segovia, donde tuvo el honor de leer el discurso inaugural del curso académico, y allí se mantuvo impartiendo clases hasta 1823, cuando los Cien Mil Hijos de San Luis invadieron España para restaurar el absolutismo. El 22 de abril profesores y cadetes abandonaron Segovia y tuvieron que huir a pie hasta Badajoz, donde a finales de año quedaría disuelto el Colegio y los alumnos fueron forzados a regresar a sus casas⁷⁷. Allí, en la ciudad que defendió con éxito frente a los ingleses, le perdemos por el momento la pista, porque si bien este trabajo trata de recuperar su memoria, esta no deja de ser una labor siempre abierta a la investigación. En todo caso, las presentes líneas habrán servido para descubrir bastantes cosas. Entre otras, que César González fue un artillero. Un artillero español, que no es poco. Y aunque este sería un epígrafe más que suficiente para poner colofón a una vida, tampoco está nada mal tener a gala el título de haber sido precisamente el español que derrotó a Wellington.

⁷⁷ Vid. Nombramiento de la Cátedra de Química en *El Universal*, de 25 de febrero de 1821. El éxodo de profesores y cadetes desde el Real Colegio de Artillería puede consultarse en Oliver-Copons, Eduardo: *El Alcázar de Segovia*. Imprenta Castellana, Valladolid, 1916; pp. 298 y 299.

BIBLIOGRAFÍA

- BELMAS, Jean Vital: *Journaux des Sièges faits ou souteneus par les français dans la Péninsule, de 1807 a 1814*. Hermanos Firmin Didot, Paris, 1836, Tomo I.
- CAAMAÑO Y PARDO, Joaquín: *Papel formado de los acontecimientos en la defensa de Badajoz, por el comandante de artillería de esta Plaza en el Sitio que le pusieron los franceses en 1811*. Elvas, 1811.
- CALATRAVA PEINADO, José María, y otros: *Contestación por la Provincia de Extremadura al aviso publicado por el coronel Don Rafael Horé*. Imprenta Real, Cádiz, 1811.
- DE CASTRO Y ROSSI, Adolfo: *Historia de Cádiz y su Provincia desde los tiempos remotos hasta 1814*. Imprenta de la Revista Médica, Cádiz, 1858.
- DE SALAS, Ramón: *Memorial Histórico de la Artillería Española*. Imprenta García, Madrid, 1831.
- DUNCAN, Francis: *History of the Royal Regiment of Artillery*. Murray, Londres, 1879, Volumen II.
- GOMÁ ORDUÑA, José: *Historia de la Aeronáutica Española*. Prensa Española, Madrid, 1946.
- GÓMEZ VILAFRANCA, Ramón: *Extremadura en la Guerra de la Independencia. Memoria Histórica y Colección Diplomática*. Uceda Hermanos. Badajoz, 1908.
- GRATTAN, William: “Reminiscences of a Subaltern”, en *The United Service Journal and Naval and Military Magazine*. Henry Colburn, Londres, 1831. Volumen II,
- GURWOOD, John: *The Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington, K.G, during his various campaigns*. Murray, Londres, 1837, Volumen VIII.
- Supplementary Despatches, Correspondence and Memoranda of Field Marshal Arthur Duke of Wellington, K.G*. Murray, Londres, 1860, Volumen VII.
- JONES, John Thomas: *Journal of Sieges carried on by the Army under the Duke of Wellington in Spain, between the years 1811 and 1814*. Egerton, Whitehall, 1827, Volumen I.
- LAMARE, Jean-Baptiste Hippolyte: *Relation de la deuxième défense de la place de Badajoz en 1812, par les troupes françaises de l’armée du midi en Espagne, contre l’armée anglo-portugaise*. Anselin et Pochard, Paris, 1825.

- LIDDELL HART, Basil Henry: *The Letters of private Wheeler*. Michael Joseph, Gloucestershire, 1951.
- MARABEL MATOS, Jacinto Jesús: “El otoño de Wellington en Badajoz (II)”, en *Actas de los XLVI Coloquios Históricos de Extremadura*. Asociación Cultural Coloquios Históricos de Extremadura, Trujillo, 2018.
- Damnatio Memoriae*. Trespiés, Badajoz, 2017.
- “Badajoz 1812: Provecho y espectáculo de la ciudad tomada (II)”, en *Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes*. Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, Trujillo, 2017, Tomo XXV.
- “Jean-Baptiste Hippolyte Lamare en La Rochelle”, en Labretonnière, Émile: *El Capitán Fariñas. Episodio del Sitio de Badajoz*. Cuatro Gatos, Badajoz, 2012.
- MOCKLER-FERRYMAN, Augustus: *The life of a Regimental officer during the Great War, 1793-1815*. Blackwood and sons. Edimburgo, 1913.
- MORENO ALONSO, Manuel: *Sevilla Napoleónica*. Universidad de Sevilla, Sevilla, 2011.
- OLIVER-COPONS, Eduardo: *El Alcázar de Segovia*. Imprenta Castellana, Valladolid, 1916.
- OMAN, Charles: *A History of the Peninsular War*. Clarendon Press, Oxford, 1911, Volúmenes IV y V.
- Wellington's Army 1809-1814*. Edward Arnold, Londres, 1913.
- REINOSO, Félix José: *Examen de los delitos de infidelidad a la Patria, imputados a los españoles sometidos bajo la dominación francesa*. Imprenta de la Viuda de Duprat, Auch, 1816.
- SAÑUDO BAYÓN, Juan José: *La Albuera 1811 ¡Glorioso campo de sufrimiento!* Almena, Madrid, 2006.
- SORANDO MUZÁS, Luis: *El Ejército español de José Napoleón*. Desperta Ferro, Madrid, 2018.
- TORREJÓN CHAVES, Juan: “Sénarmont, Comandante en Jefe de la Artillería Napoleónica en España”, en *Revista de Historia Militar*. Año LV. Nº Extraordinario. Ministerio de Defensa, Madrid, 2011.
- VV.AA.: *Catálogo General del Museo de Artillería*. Imprenta de Eduardo Arias, Madrid, 1917, Tomo IV.
- VV.AA.: *Colección de Decretos y Órdenes expedidas por las Cortes Ordinarias de los años 1820 y 1821*. Imprenta Nacional, Madrid, 1822, Tomo VII.

Recibido: 12/07/2019

Aceptado: 19/12/2019